

Sigue una indispensable, aunque breve, referencia al marcionismo (pp. 90-94), para alcanzar la parte más sustanciosa de la obra, el estudio de la figura y el pensamiento de Bardaisan (muerto en torno a 222) (pp. 95-140). La obra concluye con una descripción de la labor traductora de los escritores siríacos.

J. Montserrat Torrents

EMILIO LLEDÓ, *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Editorial Crítica, Barcelona, 1992, 229 páginas.

El pasaje del *Fedro* donde Platón desarrolla una crítica de la escritura ha sido una cruz, pero no para los intérpretes, sino para los exegetas. En términos claros e inequívocos —para el hermeneuta— Platón desautoriza el uso del lenguaje escrito en filosofía. Ahora bien, esta crítica aparece plasmada en un escrito de carácter indudablemente filosófico, el *Fedro*. ¿Qué significa esta paradoja? Un sector de los estudiosos ha insistido en el sentido literal del pasaje y ha pretendido ver en el texto una clara referencia a la «doctrina no escrita» de Platón (así recientemente Slezák siguiendo al grupo de Tubinga: Gaiser, Krämer y Reale). Otros, la mayoría, han optado por una exégesis rectificadora a fin de salvaguardar el valor filosófico de los Diálogos (Hackforth, Vlastos, Derrida, recientemente L. Brisson). La obra que comentamos se inscribe en esta última tendencia.

Emilio Lledó ha hecho del lenguaje objeto preferente de su reflexión filosófica: *Filosofía y lenguaje* (1970); *La memoria del logos* (1984); *El silencio de la escritura* (1991). Lledó, como Aristóteles, se maravilla ante el lenguaje, y, uncido a la mediación lingüística, explora el hombre, su entorno y su pasado. Sabido es que para los lingüistas el objeto inmediato de estudio es el lenguaje oral, mientras que los filósofos suelen atender principalmente al lenguaje escrito. Para ellos el lenguaje por an-

tonomasia es la escritura, y no suelen plantearse el problema de la comunicación humana a través de la mera cadena fónica. Lledó pertenece al sector de filósofos que entiende el lenguaje como escritura, y éste ha sido el sentido de su reflexión sobre el tema hasta el presente. ¿Qué ocurre, entonces, cuando un indagador de pensamientos escritos se enfrenta con un texto que defiende arduosamente la oralidad de la transmisión del pensamiento filosófico? Pues ocurre algo como *El surco del tiempo*: el comentarista resbala sobre el argumento y regresa a su punto de vista.

Las reflexiones de E. Ll. versan sobre el mito de Theuth y la correspondiente exégesis platónica (*Fedro*, 274c-277a).

El comentario se abre con una lúcida constatación de la paradoja: «El gran escritor va a volverse, mientras escribe contra el sentido y el fundamento de la escritura» (p. 38). Siguen suculentos análisis de los principales conceptos implicados en el texto: *phármakon*, *téchne*, *memoria*, «desde dentro», «desde fuera», imagen, *logos*, alma... (pp. 38-157). Ésta es la parte del libro más lograda, no solamente por presentar sugerentes reflexiones del autor, sino también porque constituyen una excelente guía para la lectura de los pasajes platónicos implicados. Sin embargo, incluso en estas páginas que podríamos calificar de «neutrales» se hallan expresiones que distorsionan el explícito pensamiento de Platón en el *Fedro*: «Con la escritura, la memoria alcanza un grado superior de intersubjetividad que aquél que se manifiesta en el inmediato diálogo del hombre con otro hombre o del hombre consigo mismo» (p. 52). Platón dice precisamente lo contrario, en el pasaje sobre «sembrar en el alma» (276a), comentado por el mismo Lledó. Éste insiste: «Si, con la escritura, los hombres se hacen más sabios y más memoriosos» (274e)... (p. 58). La referencia a *Fedro* 274e es falaz, pues el que allí se expresa es precisamente Theuth, cuyo punto de vista será acremente rebatido por el rey: «Apariencia de sabiduría es lo que proporcionas a tus alumnos, que no verdad» (*Fedro* 275a). Y a continuación, Lledó in-

truce la mixtificación interpretativa que le permitirá salir airoso y con poco dispendio de la paradoja planteada al principio: «Sin embargo, este supuesto engaño del lenguaje escrito, al crear una forma de conocimiento desasido de todo compromiso interior parece estar sustentado, en la argumentación platónica, sólo por oposición a la retórica de los sofistas que crea “sabios aparentes en lugar de verdaderos sabios”» (275b) (p. 72). Nada en el texto platónico permite sospechar que la expresión «sabios aparentes» se refiera a la retórica sofística. Bien al contrario, es la universalidad de la requisitoria del rey Thamus la que plantea el problema. La interpretación de Lledó es totalmente gratuita, y responde a su prejuicio en favor de la escritura.

A partir del texto sobre «la siembra en el alma» (277e y ss.), Platón y Lledó siguen cada cual por su camino. El intérprete realiza dos dudosas operaciones. En primer lugar, omite por completo, sin concederles ni tan siquiera una nota marginal, los importantes textos donde Platón insiste en su condena de la escritura llegando a descalificar «al que no tiene cosas de mayor mérito que las que compuso o escribió» (*Fedro*, 278d), texto decisivo que abona la paradoja inicial, pues permite preguntarse si Platón tenía cosas de mayor mérito que las que escribió. En segundo lugar, E. Lledó traslada a la escritura el don de inmortalidad que el texto platónico otorga a la transmisión oral de alma a alma. La carencia de apoyo textual de este trasvase es reconocida por el mismo Lledó, que, sin embargo, persiste en el empeño: «Pero la siembra va también de letra a letra. Aunque Platón no menciona, en este texto de la semilla inmortal, a la escritura, es, sin em-

bargo, en ella donde se produce el milagro de la muerte que es vida» (p. 184). Queda claro, pues, que la tesis (validísima por cierto) es del intérprete, no de Platón. Pero Lledó prosigue tirando hábilmente de las palabras y arrastra al lector a la convicción de que la inmortalidad a través de la escritura es una tesis genuinamente platónica. Véase, por ejemplo, lo ambiguo de este pasaje: «Esta realización se transforma, a su vez, en el caso de que la recepción se haga escritura, en posibilidad que enhebra el tiempo en este hilo que, en el texto platónico, se llama inmortalidad» (p. 197). Un lector poco impuesto en los «Diálogos» entenderá que Platón, en el *Fedro*, concibe la escritura como mediación de la inmortalidad del mensaje filosófico. Y si este lector tiene la ocurrencia de recurrir a la excelente traducción del *Fedro* de E. Lledó, encontrará al pie del «texto platónico» esta significativa nota: «A pesar de la crítica a la escritura que subyace en el diálogo entre Theuth y Thamus, Platón hace, en este pasaje, el mayor elogio a ese cauce de la escritura que, cuando tiene sentido y fundamento, deja pasar por él esa “semilla inmortal”, que prolonga el tiempo humano más allá del cerco de cada naturaleza individual» (Clásicos Gredos, 93, p. 409). El texto al que se refiere la nota (276e-277a) no dice absolutamente nada sobre la escritura.

*El surco del tiempo* es un excelente libro sobre la trascendencia de la escritura en el desarrollo cultural del hombre. Como interpretación del texto platónico es, pese a muchos logros puntuales, un ejercicio más bien equívoco.

J. Montserrat Torrents